

POR EL AUTOR DEL BESTSELLER INTERNACIONAL

La sonrisa de las mujeres

NICOLAS BARREAU

Menú de
amor

La receta
del amor
verdadero

SUMA

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Cuando ya seas vieja y canosa, y con sueño
des cabezadas junto al fuego, coge este libro
y léelo soñando con la mirada suave
que tuvieron tus ojos, y con sus hondas sombras.*

WILLIAM BUTLER YEATS [1]

À table, les amoureux!

Tras el impresionante éxito de mi novela *La sonrisa de las mujeres*, en la que la bella Aurélie preparaba un *menu d'amour* para conquistar al hombre de sus sueños, me han preguntado a menudo si existe una relación especial entre la comida y el amor. Por supuesto, sí existe, pues ambas cosas resultan tremendamente irresistibles. A muchos de mis lectores, tanto hombres como mujeres, les interesaba saber si me gusta cocinar y si tengo más recetas. La respuesta a ambas preguntas es que sí. Los mejores platos de mi recetario personal son clásicos de la cocina francesa, pero sobre todo son una cosa: recuerdos de veladas fabulosas, románticas y perdurables que me gusta evocar.

Así pues, en este libro voy a revelarles mis ocho menús favoritos. Recetas para enamorados, para seducir, menús deliciosos para ocasiones especiales... Además, a modo de particular saludo desde la cocina, les precede una historia que desvela el secreto del *menu d'amour*, aquel menú que en su día el padre de Aurélie legó a su hija.

Lean, sorpréndanse, sonrían, cocinen y disfruten de la comida y del amor.

Con afecto,
NICOLAS BARREAU

Menú d'amour
Una historia de amor

1

Según los cálculos de Georges aquel era uno de los inviernos más oscuros desde la guerra. Las sombras deambulaban por las calles de París y la gente anhelaba la luz con el mismo ardor con el que un joven ansía estar en los brazos de su amada. En el cine se proyectaba *Los paraguas de Cherburgo*, los Beatles habían cantado *She loves you* en el Olympia y yo me había enamorado perdidamente de una muchacha que para mí era tan inalcanzable como la luna.

Por aquel entonces yo cursaba mi segundo semestre de literatura y, desengañado, había decidido convertirme en el nuevo William Butler Yeats, cuyos versos encendidos ensalzando a su adorada habían inmortalizado su amor, no correspondido, por Maud Gonne. Una tarde lluviosa, rebuscando entre los puestos de los buquinistas apostados en la orilla del Sena, tropecé con algo que daría al traste con mi fabuloso devenir literario. A resultas de aquello tuvo lugar un acontecimiento peculiar y maravilloso; un suceso que, de pura felicidad, me transportó a la luna antes de que el primer astronauta pusiera un pie en ella. Nunca he contado lo que realmente ocurrió esa noche, aquella noche memorable en que preparé el *menu d'amour* por primera vez y que se remonta ya a muchos años atrás. La única conocedora de la verdad fue la gata de mi compañero de piso, Georges. Pero ella, como es natural, no hablaba, por lo que ese secreto exquisito se mantuvo a buen recaudo en mi corazón. Al final, no me convertí en William Butler Yeats. A Dios gracias.

Mi Maud Gonne se llamaba Valérie Castel. Tenía el cabello rubio, los ojos azules y brillantes, e iluminaba un lugar en cuanto entraba en él. Su boca parecía estar siempre dispuesta a sonreír; era ocurrente, le gustaba bromear y ciertamente no pasaba desapercibida; pero había también otro motivo que impedía pasarla por alto. Valérie Castel era la persona más impuntual que he conocido. Siempre llegaba tarde. A todas las clases. A todos los seminarios. Y por eso precisamente reparé en ella. Porque llegaba tarde.

2

El profesor Jean-Louis Caspari estaba en su salsa. Llevaba ya veinte minutos esforzándose por explicar a sus estudiantes de literatura francesa el periodo entre el romanticismo y el realismo con gestos vehementes y frases grandilocuentes sin esperar otra cosa más que se quedaran con tres frases de su lección. «Con que recuerden tres frases, me doy por satisfecho», decía a menudo. En el preciso instante en que se disponía a adentrarse en uno de sus poemas preferidos de Baudelaire, la puerta se abrió súbitamente y entró en el aula una estudiante con un abrigo de lana de color azul claro y gorro a juego y las mejillas sofocadas. Tras esbozar una sonrisa de disculpa, la muchacha se dispuso a atravesar el pasillo lateral para sentarse en una de las filas de asientos, cuando Jean-Louis Caspari interrumpió la lección y bajó del pequeño estrado que ocupaba. El profesor, ya entrado en años, tenía fama de disfrutar poniendo en evidencia a los estudiantes impuntuales. Con una agilidad sorprendente para su corpulencia, el hombre cruzó rápidamente el aula y se plantó ante la rezagada.

—Qué detalle por su parte acudir a mi clase, ¿señorita...? —exclamó arqueando las cejas en actitud inquisitiva.

—Señorita Castel. Valérie Castel —respondió ella. Así fue como yo, igual que los demás estudiantes, supe su nombre.

—Muy bien, señorita Castel. —El profesor Caspari le alargó la mano, que ella tomó con cierta vacilación—. Sea usted bienvenida a nuestra clase —dijo él mientras señalaba

con la mano a los, aproximadamente, ciento cincuenta alumnos que seguíamos sonrientes la conversación que tenía lugar fuera del estrado—. El caso es que, lamentablemente, mi clase empezó... —Se sacó del pantalón un reloj de bolsillo de plata—. Hace ya veinticinco minutos. Espero que eso no le moleste, ¿verdad?

Valérie Castel se sonrojó y dirigió una sonrisa encantadora al profesor.

—Por supuesto que no, profesor —respondió con una voz clara que se oyó hasta en la última fila—. Si a usted no le molesta, a mí tampoco.

Yo advertí una levísima contracción en la comisura de los labios de ella.

Los estudiantes intercambiaron codazos y cuchicheos. Aunque la respuesta parecía bastante descarada, la naturalidad utilizada era tan cautivadora que resultaba difícil saber a qué atenerse.

El profesor Caspari tenía suficiente sentido del humor como para apreciar una respuesta ingeniosa. Además, aunque los ojos, que centelleaban detrás de los cristales redondos de las gafas, se le habían debilitado con los años, su vista aún le bastaba para apreciar la belleza en cuanto la veía. Posó un momento la mirada en la transgresora, que entretanto se había quitado el gorro azul y lo hacía girar entre las manos con gesto indeciso.

—Si dejamos de lado que me irrita un poco que la puerta se abra durante mis clases, seguramente a mí me molesta menos que a usted, *mademoiselle*. Porque yo, a diferencia de usted, ya me sé el contenido de mi lección.

Valérie asintió compungida y pareció sentirse obligada a exponer una explicación aventurada protagonizada por un pobre gatito, un árbol demasiado alto, un policía solícito y ella misma.

—En realidad, no tengo por costumbre llegar tarde —aseguró de forma cándida—. No volverá a ocurrir.

3

No voy a decir que ella lo hiciera adrede, pero lo cierto es que, a pesar de sus afirmaciones, al cabo de unas semanas todos en nuestro curso sabíamos que Valérie Castel, simplemente, era incapaz de ser puntual. Sin embargo, por raro que parezca, nadie se enojaba con ella por eso. Al revés, cuando al cabo de cinco, diez o veinte minutos del inicio de la clase la puerta se abría y la chica del abrigo azul entraba en el aula como una exhalación, todo el mundo aguardaba con curiosidad a oír la excusa que había preparado.

Incluso los catedráticos y los profesores más estrictos escuchaban con las cejas enarcadas y disimulando la risa las originales historias que la señorita Castel contaba para deleite de todos, ya que, dejando de lado su carácter impuntual, las intervenciones inteligentes y animadas de Valérie enriquecían cualquier asignatura.

Sea como fuere, yo me había enamorado perdidamente de aquella rezagada tan popular. Para mí era evidente que ella tenía algo especial, algo quizá demasiado especial para un estudiante tan normal y tan corriente como yo. Estaba convencido de que una chica como Valérie tenía que estar comprometida; aun así, me acostumbré a ocupar siempre el asiento que había a mi lado con la cartera, el abrigo o con papeles, con la vana esperanza de que alguna vez ella se sentara junto a mí.

En la quinta ocasión tuve suerte. Valérie llegó tarde, contó su historia y miró a su alrededor buscando asiento. Yo le-

vanté la mano y le señalé el lugar a mi lado; ella, aliviada, se dejó caer con un suspiro y me saludó amigablemente con la cabeza. Su repentina cercanía hizo que el corazón me latiera con fuerza; miré encandilado cómo se inclinaba hacia delante y un rayo de sol se le enredaba en el pelo. Por unos segundos, me vi arrastrado a una órbita de diminutas partículas doradas que bailaban por el aire donde solo estábamos ella y yo. Sin embargo, al instante siguiente, la realidad se impuso de nuevo, en la forma de un estudiante bien parecido llamado Christian que, desde el otro lado, susurró algo al oído de Valérie que la hizo reír. En cualquier caso, cuando terminó la clase me preguntó si querría ir a tomar café con ella y con un par de compañeras suyas.

Naturalmente, dije que sí.

A partir de entonces se estableció la costumbre de que yo siempre le guardaba un sitio y ella se sentaba a mi lado.

En esas preciadas horas en las que los demás debatían sobre las novelas de Zola y *Las flores del mal*, de Baudelaire, yo me dedicaba a estudiar con disimulo el perfil delicado y las cejas marcadas de la muchacha. Descubrí un lunar diminuto que tenía en la base del cuello y me sentí como un intruso. Contemplé sus manos, blancas y menudas, y reparé con cierto disgusto en un rubí antiguo que llevaba siempre en el anular. En una ocasión, después de clase, le pregunté con el tono más despreocupado del que fui capaz:

—Bonito anillo, ¿es de tu abuela?

Ella sonrió meditabunda y respondió:

—Sí, es bonito, ¿verdad? Me lo regaló la madre de Paul.

—¿Y quién es Paul? —pregunté sin más y sin el desenfado que me habría gustado.

Valérie metió los apuntes en su carpeta de cuero y me dirigió una mirada burlona.

—Vaya, vaya, ¿eso que oigo son celos? No seas tan curioso, Henri Bredin. Anda, vamos, que los demás esperan. Queríamos ir al café Procope.

Agarré mi cartera y me apresuré a salir tras ella.

—¿Quién es Paul? —insistí, esforzándome por adoptar también el tono bromista que ella había empleado—. ¿Un galán secreto, tal vez?

Ella puso los ojos en blanco con un gesto de desesperación fingida, me agarró del brazo y se echó a reír.

—Es mi primo favorito, ¿contento? Y ahora, vamos.

Aunque no me creí ni una sola palabra, disfruté del gesto impaciente, pero natural, con el que me arrastró hacia la salida, donde los demás esperaban.

4

En las semanas que siguieron vi muy a menudo a Valérie Castel. Coincidíamos en varias clases y seminarios y, además, nos encontrábamos en la cantina de la facultad o en alguna de las cafeterías que había cerca de la Sorbona, donde pasábamos juntos las horas bebiendo, fumando, riendo y debatiendo con los demás. He dicho juntos, pero, en realidad, eso sucedía solo en mi cabeza. La verdad era que estar a solas con Valérie Castel resultaba difícil, casi imposible, porque estaba siempre rodeada de una cohorte de amigas y de compañeros de estudios a los que ella repartía sus favores por igual. Sin embargo, a pesar de tener que compartirla con otros, yo perseveraba cerca de ella. Averigüé que Valérie pasaba a menudo tardes enteras en la vieja biblioteca de la universidad. Ahí, en el silencio de la sala de lectura, con sus numerosas lámparas de mesa, podía encontrarla a solas con relativa frecuencia. Se sentaba a una mesa cerca de las ventanas altas y antiguas detrás de las cuales se agolpaban los grises nubarrones de marzo, completamente enfrascada en su libro. En esas ocasiones, cuando al levantar la vista por un instante me veía con las mejillas ruborizadas y me saludaba ensimismada con un ademán de la cabeza, no demostraba el menor atisbo de sarcasmo. Yo me sentaba delante de ella y fingía leer. Y así nos quedábamos sentados, leyendo, los dos en perfecta comunión.

En una ocasión, me sorprendió con la mirada clavada en sus labios, que tenía fruncidos con gesto reflexivo; no había

logrado apartarla a tiempo.

—¡¿Qué pasa?! —exclamó cerrando el libro con fuerza.

—¡Nada! —respondí asustado. Varios estudiantes levantaron la vista de sus libros y la bibliotecaria nos dirigió un «Chiss» desde su sitio.

Valérie se sonrojó, garabateó algo en un papel y me lo pasó por encima de la mesa.

«¿Qué miras, idiota?», leí. «¡Para de una vez!».

Me ruboricé. ¿Cómo dejar de hacerlo? ¿Cómo no mirar a Valérie Castel? No podía hacer tal cosa.

«No te miraba, miraba el libro», le escribí. «Quería saber qué estabas leyendo. ¿Satisfecha?».

Ella se reclinó en su asiento con una sonrisa y enarcó sus hermosas cejas con un gesto escéptico.

«Está bien. Vamos a tomar un café. Así te lo explico».

Salimos sigilosamente de la sala de lectura; minutos más tarde bajábamos tranquilamente la escalera del antiguo edificio de la universidad, cuya imponente cúpula se elevaba contra el cielo grisáceo. Un joven serio de cabello rizado y oscuro y chaqueta de pana marrón gastada y una muchacha de boca grande y sonriente tocada con una divertida boina bajo la que se desparramaba con ímpetu su cabellera dorada. En una fotografía, habríamos pasado por ser una pareja envidiablemente feliz. Pero ningún fotógrafo capturó aquel momento. Y el momento, irremediabilmente, pasó...

5

Esa tarde *Madame Bovary* se empeñó en acompañarnos de forma insistente. Con todos mis respetos hacia el señor Flaubert, he de admitir que, después de que Valérie se exhibiera durante unas dos horas entusiasmada por aquella novela tan «absolutamente genial» (en esa época «absolutamente» era una de sus palabras favoritas), ese hombre empezó a crisparme los nervios. Extrañamente aturdido, atendí al monólogo, casi obsesivo, de Valérie, asintiendo de vez en cuando e incapaz de expresar mis propios e insignificantes sentimientos ante aquella gran obra de la literatura mundial.

Cuando ella calló por fin y yo me disponía a cambiar el rumbo de la conversación para centrarla menos en adúlteras exageradamente desdichadas y más en nosotros, apareció Christian que, con sus bromas estúpidas habituales, tomó las riendas de la conversación exclamando: «¡Ajá! Así que aquí es donde os escondáis... Espero que Henri no te esté aburriendo demasiado». Se sentó en el banco justo al lado de Valérie con gesto desenvuelto. Al cabo de un rato, asomaron Camille, que era una muchacha muy tímida, y Marie-Claire, la pelirroja. Al final, incluso Georges, que era mi barbudo compañero de piso en la desvencijada buhardilla de la rue Mouffetard, se apretujó con nosotros en torno al tablero desgastado de la mesa. La cuadrilla volvía a estar al completo.

Georges Bresson, que cursaba el quinto semestre de Meteorología, era un tipo afable, pesaba casi noventa kilos y